

# La niña estrella

Patricia Ojeda Pérez



**DIPLOMA 2022**

# La niña estrella

Patricia Ojeda Pérez

**LA NIÑA ESTRELLA**

**UN RELATO ESCRITO BAJO EL SEUDÓNIMO, "LA GUANCHA"**

Allá por el año 1958, en un profundo barranco de laderas escarpadas, allá, a mano derecha en aquel lugar conocido por todos como “las cuevas de los cochinos”, vivía una niña que tan solo por su nombre resultaba ser un alma centelleante.

Estrella la habían bautizado su madre y su padre, una pequeña que por aquel entonces tenía diez años de edad, de cabello negro y largo, sin ondulación alguna, tez blanca como la más brillante luz, de no mucha altura y ojos anochecidos.

A su edad ya conocía lo que era el trabajo duro, ¡hoy me he ganado una peseta “carriando” piedras!, le decía orgullosa a su madre a la vez que le entregaba aquel tesoro para comprar lo que se pudiera para alimentar a la familia. Sabía también lo que era perder a padre y tener que hacerse cargo de los hermanos menores, conocía, a sus años, la impotencia de no tener permiso para ir a la escuela, pues si Estrella se dedicaba a cultivar su mente, no habría nadie que por ella se encargara de cultivar lo que era preciso para comer. Por suerte, antes del fallecimiento de su padre éste la había enseñado a escribir y leer, a restar, a multiplicar e incluso a dividir. Le encantaban las matemáticas y aunque su sueño de ser profesora jamás llegaría a cumplirse, nada de eso le impediría dejar en ridículo a sus futuros hijos que tantos estudios recibirían.

Sí, la infancia de Estrella fue de todo menos dulce y tierna, pero no pensemos por ello que todo fue responsabilidad y pena. Estrella sabía como llenar su alma de cosas bellas, los pajarillos de colores que revoloteaban a su alrededor, amarillos, amarillos y blancos, amarillos blancos y rojos, ¡el canto de aquellos pajarillos!, la lluvia que caía fresca, pura y limpia, la que resbalaba por la ladera y escurría por las montañas, aquella que lo dejaba todo verde y daba la vida a las flores de mil olores.

A Estrella la alimentaba el buen hacer de la naturaleza, no solo por su esplendor y hermosura sino también en un sentido literal. La naturaleza hacía crecer los jaramagos con los que su madre preparaba aquellos grandes calderos de potaje, un caldo de un punto picante, más o menos espeso según la cantidad de papas que se escondiera entre el verde manto de aquella hierba salvaje. El preferido de Estrella siempre que coincidía con la matanza del cochino.

Cuando esto pasaba su madre siempre le añadía un buen trozo de tocino, como chisporroteaban sus papilas al entrar en contacto con aquella grasa, le resultaba simplemente sublime. Podían pasarse la noche trabajando a aquel animal, elaborando morcillas con la sangre que ya oxidada y ennegrecida rellenaba su propia tripa, podrían prepararse sus vísceras en enormes vasijas repletas

de mojo donde hervidas al fuego de la leña adquirirían el sabor de los ajos y del ahumado de la madera de brezo. Pero a Estrella seguía sin haber cosa que le gustará más que aquel trozo de tocino.

La matanza del cochino era un evento importante entre los lugareños de aquellas cuevas. Los hombres encabezaban la primera línea de batalla frente al porcino y las mujeres, como buen batallón de artillería, se encargaban de los últimos retoques, de la gestión de aquella carne en cientos de formas que les permitiera conservarla el mayor tiempo posible, normalmente a base de cubrirla con la primera moneda romana. Precisamente por estas matanzas es que las cuevas donde Estrella crecía recibían aquel meritado nombre, y sus habitantes, como no podía ser de otra forma, aquel mote no tan agraciado: “los cochinos”.

Otro hecho importante cuando tocaba afilar el cuchillo era que la parte rica de la familia, la que por mayor fortuna vivía en la capital, acudía en masa al evento. Estrella también tenía parte de familia adinerada, una tía llamada Consuelo que agarró sus mejores harapos y unos cuantos kilos de azúcar fina, blanca y dulce como regalo para su hermana a cambio de una porción del animal que ignorante se cebaba dos días antes de su muerte estival. ¡Ahí viene la tía Consuelo!, gritaba Estrella a su madre mientras alzaba sus brazos al cielo y los movía al unísono de izquierda a derecha cual péndulo acelerado.

La señora que ya no era ninguna muchachita y que además no parecía estar sufriendo síntoma alguno de hambruna, subía lentamente la ladera que llevaba hasta la cueva donde vivían sus sobrinos y hermana. Su sonar con cada paso que daba por la pendiente resultaba más agobiante que el sonar de un jamelgo en plena final de carrera. ¡Ya falta poquito tía! le gritaba Estrella desde la cima mientras Consuelo, empapada en sudor, intentaba que el sombrero de última tendencia que llevaba en su cabeza no se le moviera ni un solo milímetro. Cuando por fin llegó a su destino, Consuelo aún jadeante soltó todo lo que llevaba encima, sus mejores harapos que venían bien guardados en una maleta de madera maciza y hebillas doradas, los cuantos kilos de azúcar fina, blanca y dulce que había traído para su hermana y otros cuantos kilos de sal con la que pensaba salar la carne que se llevaría. De todo aquello se despojó, pero hubo algo que la tía de la capital mantuvo entre sus pequeñas y rechonchas manos. Era un paquete bien envuelto en un papel acartonado y amarillento parecido al que se utiliza cuando te envuelven el pescado, pero sin el plástico por una de sus caras. Consuelo miró a su sobrina y estirando los brazos le dijo, toma Estrellita, esto es para ti. Los ojos y la sonrisa de la niña honraron una vez más su nombre, su cara brillaba de felicidad no sin pasar desapercibido el asombro que se

escondía en su rostro por tal inesperada sorpresa. Estrella agarró el paquete a toda prisa y tan emocionada estaba que ni las gracias le dio a su tía. Salió corriendo con él entre sus pequeñas manitas lastimadas por el trabajo del campo mientras exclamaba: ¡mamá, mamá!, ¡la tía Consuelo me ha traído un regalo!

Una vez que se hubo encontrado con su madre se dispuso a abrir el paquete, un tirón por aquí, un tirón por allá. Y allí estaba, era una pequeña muñequita, de lo más hermosa para la fabricación de la época, tenía el cabello lleno de tirabuzones de un rubio cobrizo casi cegador, los ojos eran verdes, pero no de un verde cualquiera sino de un intenso verde estanque, los labios eran del color que adquieren los labios de toda persona después de haberse comido un buen par de tunos indios y las mejillas parecían un cielo estrellado de tantas pecas. Engalanada con un vestido rosa parcheado con dos encajes blancos en sus mangas y unos zapatos del mismo color y estilo, aquella era la muñeca más increíble que nadie hubiese visto jamás.

Estrella estaba extasiada, entusiasmada, y tras dar por fin las gracias a su tía salió rauda de la cueva para jugar con algo que de una vez por todas superaría el mítico mandato de sus mayores, ¡vete a jugar con tierra y “miao”!

Enseguida le puso nombre, te llamarás Estela y siempre te querré. Era el primer juguete que Estrella había tenido nunca y por eso no fue de extrañar que aquella muñeca, en cuestión de un par de horas, hubiese sido objeto de varios cambios de pañales, de diez o doce comidas cuidadosamente elaboradas con una mezcla de tierra, verdolaga y agua. De varios cambios de vestido que Estrella imaginaba en su juego, aunque realmente siempre le quitaba y le ponía aquel mismo vestido rosa de parcheados encajes blancos, y como no, de varios peinados que empezaron por trenzas de espiga y terminaron por lo que se podría tachar de un alisado mal ejecutado. A Estrella solo le quedaba una cosa por hacer con Estela antes de que acabara el día.

De tanto jugar de aquí para allá la pequeña muñeca de cobrizo cabello se había ensuciado mucho y la niña pensó que había llegado la hora de darle un baño. Dejó a la pequeña muñeca encima de una gran piedra plana de color gris y rápida agarró una bañera de latón en la que ella misma solía bañarse. La puso sobre la piedra gris y plana, al lado de Estela, y volvió a donde había cogido la bañera para traer el agua. Arrastrando como pudo con aquel cacharro rebosante logró acercarlo a la que ella había decidido que sería la zona de baño y lentamente fue echando el agua en el interior de la bañera. Una vez hubo terminado, y conociendo Estrella la necesidad de que su muñeca se quedara

oliendo al más puro aire, decidió postergar el baño unos minutos para recolectar las flores más hermosas y perfumadas de aquel jardín silvestre.

Rosas salvajes, flores de mayo, margaritas y las flores de alguna que otra tabaiba. Acabada su tarea añadió las flores al agua que había dejado preparada, las colocó una a una sutil y delicadamente, una rosa roja, una flor de mayo violeta, una margarita blanca y el amarillo de la tabaiba. Esta operación la repitió cuidadosamente unas cinco veces hasta que por fin hubo terminado. Levantó a Estela de la piedra, le quitó una vez más el vestido y los zapatos, y la sumergió en el agua. ¿A que está rica el agua, Estela?, eso le decía mientras le colocaba florecillas a la muñeca sobre la cabeza. Está fresquita, ¿verdad?, es que hoy hace mucho calor, eso le susurraba a su nueva amiga mientras le lavaba la carita con la mano. De arriba hacia abajo, de arriba hacia abajo, cuando realizó ese mismo gesto por cuarta vez Estrella se dio cuenta de que algo no iba bien, las pecas, los labios y los ojos de Estela se habían entremezclado formando un popurrí de colores que se esparcía por toda su cara y que la hacían irreconocible. El cuerpo de la muñeca se había vuelto algo más blando y lo único que parecía estar intacto era su pelo.

Estrella asustada por lo que estaba sucediendo corrió a gritos llamando a su madre y a su tía, ¡mamá, mamá!, ¡tía, tía!, ¡la muñeca! A la niña se la oía tan desesperada que ambas mujeres se asomaron al instante, ¿qué pasa Estrella?, ¡la muñeca! volvió a exclamar la niña y sin articular ni una palabra más las cogió de la mano y las condujo hacia su particular balneario de flores. Cuando las tres miraron dentro de la bañera allí no quedaba nada de Estela, estaba completamente desintegrada, se había convertido en un montón de trozos de cartón empapados que flotaban dispersos junto a las flores que Estrella tan amorosamente había colocado.

La niña rompió a llorar de manera inconsolable, las lágrimas resbalaban por sus mejillas del mismo modo en que lo hacía la lluvia al escurrir por las montañas. No existió modo de acallar su pena por muchos esfuerzos que hicieron su madre y su tía por reconstruir aquella papilla.

De Estela quedó el cobre y el recuerdo de uno de los días más felices y más amargos de la vida de la niña Estrella.

En septiembre de este año cumplirá setenta y tres años y esta historia aún la conserva en su memoria. Sigue alimentándose del cantar de los pájaros, de la pureza del agua y de la belleza de las flores de mil olores. La diferencia es que ahora es dueña de todas las muñecas que ha alcanzado a

comprarse, tan hermosas como la época de su fabricación lo permite, eso sí, ninguna de ellas es muñequita de cartón.